

TIEMPO DE 98

TODA mi generación, y Juan Antonio Castro pertenece a ella, debe mucho a los escritores del 98. Cuando en los años cuarenta y cincuenta hubo que buscar y descubrir una literatura crítica, una literatura que hablase de nuestro país sin la miel y el discurso en los labios, ahí tuvimos a Valle-Inclán, a Baroja y a Antonio Machado. Luego vendría el decir si se quedaron aquí o acá, si don Miguel se pasó de rosca en su peregrinación al sepulcro de Don Quijote o si estos hombres no se enredarían a veces en exaltaciones un tanto idealistas. La arbitrariedad de algunos fragmentos de las Memorias de Baroja. El exhibicionismo agresivo y un poco sistemático de don Ramón. La pulcritud —Arrabal me decía una vez: «No me gusta Machado porque siempre dice lo que hay que decir; jamás se atrevería a asegurar que la Luna es cuadrada»— de don Antonio. Bueno, ¿y qué? No es por ahí por donde han venido la mayoría de los tiros disparados contra los del 98. Esos son tiros de francotiradores masoquistas. Los tiros fundamentales, sostenidos, con buena puntería, han venido de otro lado. Y en lo que al teatro se refiere, puesto que de teatro hablamos en este reportaje, desde otro lado se ha disparado durante largos años contra Valle, extravagante ciudadano, esteta, resentido porque no estrenaba, enfermo y, en concreto, autor de hermosos textos decadentes que podían leerse en casa y encuadrarse en piel, pero no, por mal teatro, representarse.

Juan Antonio Castro es seguro que leyó un día el hermoso libro de Laín Entralgo dedicado a la Generación del 98, en el que, por cierto, y esa sería su única laguna, aún se toma un poco a Valle por esteta. Es seguro que encontró en los versos de Machado —de «Machado el Bueno», habría dicho Unamuno— una voz con la que caminar. Pongo la mano en el fuego que dio un salto cuando descubrió los esperpentos y pensó que, entre tanto viva-viva, allí estaban las bases de un auténtico teatro español. A la misma hora, Rodríguez Méndez montaba sus dramas críticos enfrentando a la Generación del 98 con la Restauración y tomándole a Machado versos para titular sus obras. Juan Antonio Castro, de cuarenta y tres años, nacido en Talavera de la Reina, la ciudad de Fernando de Rojas —¿sigue sú cuerpo, sin enterrar debidamente, entre las ruinas de una vieja iglesia?— y el Arcipreste, llegado al fin a la escena española, con la tardanza con que llegan estas cosas entre nosotros, es, como tantos, un hombre nacido a la cultura a través de las lecturas de los hombres del 98. Por eso resulta completamente lógico y significativo que su presentación como autor en un teatro madrileño —y, antes, en toda España, dentro del repertorio que Adolfo Marsillach llevó a una Campaña Nacional— haya sido a través de un «collage» de textos de autores del 98 enfrentados a otras imágenes históricas de España.

Es preciso empezar por ahí para entender a Juan Antonio de Castro, el porqué de su obra y su interés



En «Tiempo del 98», las canciones ocupan un papel importante... En la escena, un romance de ciego sobre un hecho de la época.

dentro del panorama teatral español de nuestros días.

ALGO SOBRE UN ESCRITOR

La primera vez que el nombre de Juan Antonio Castro sonó dentro del teatro español fue con ocasión de ganar, en 1965, el Premio Guipúzcoa. La obra se llamaba —se llama— «Plaza del mercado», y era una especie de alegoría llena de teatralidad. Si aquí los premios tuvieran algún alcance, supongo que

la obra habría sido estrenada, además de valerle al autor el dinero del premio y las esperanzas de que podía ser dramaturgo.

Luego, como es lógico, Castro siguió escribiendo. Del sesenta y seis o sesenta y siete es su primera versión de «Tiempo de 98», que también lei yo en un premio y que se quedó en finalista porque al «collage» le faltaban algunos de los elementos teatrales que ha adquirido posteriormente.

Para el teatro infantil escribiría «El infante Arnaldos» y una adap-



Al fondo, la «piel de toro» de España. Delante, un grupo de actores que contraponen diversas imágenes de nuestra Historia.

tación de «El Juglarón», de León Felipe, textos ambos estrenados por el Teatro Municipal que dirige Antonio Guirau. Ambos títulos y una representación de cámara de «Ensayo parcial», llevada a cabo por El Candil, un grupo de Talavera, serían sus obras presentadas en España antes de llegar a «Tiempo de 98».

En la Universidad de Lima, con dirección de Atahualpa del Ciooppo, el famoso director de El Galpón, de Montevideo, estrenó un montaje de textos de César Vallejo. Se titulaba «Petición y denuncia», y no había una sola palabra que no fuera de Vallejo.

Castro lleva en Madrid apenas tres años. Antes trabajó y escribió en Talavera, primero como uno más de El Candil, luego en otro grupo que él fundó: El Taller. «Tiempo de 98», dirigida por Antonio Malonda, con la compañía de Marsillach, conoció ya el éxito en muchas capitales españolas. Ahora está en el teatro de la Comedia, confiada a un nuevo equipo.

Cuando escribo este trabajo, Juan Antonio Castro está a punto de dar otro paso difícil. El Nacional de Cámara y Ensayo, bajo la dirección de Carmelo Romero, va a estrenarle, en el María Guerrero, «Ejercicios en la noche», que permanecerá en cartel hasta finales de junio, tras retirar «El círculo de tiza caucásico». Pero esa es otra historia, y aquí lo que queríamos era hablar de «Tiempo de 98».

UN ESPECTACULO DISTINTO

Sabido es que estos espectáculos «collage», hechos a base de una serie de textos diversos, exigen una determinada puesta en escena. La estructura coreográfica tiene gran importancia, y hay que contar con actores dispuestos a bailar, a cantar y, en términos generales, a conferir al trabajo una justeza especial. Importa además —y así está previsto por el autor y el director— que se establezca y mantenga una permanente comunicación con el público, al que se dirige el espectáculo, no considerándole agazapado tras una cuarta pared invisible, sino presente y activo. Los cuadros son breves y no disponen del margen habitual para familiarizar a los espectadores con los personajes y la trama. Hace falta una puntuación especial, una sintaxis muy precisa, que yo creo si han alcanzado con holgura los responsables y los actores de este «Tiempo de 98». Más aún, como ya apuntaba en mi crítica, en el contexto de un teatro cargado de clichés y convencionalismos «profesionalistas» —que no es lo mismo que el necesario profesionalismo para trabajar seriamente—, creo que el equipo de «Tiempo de 98» es ejemplar en muchos aspectos. El tono colectivo, y no la actuación concreta de éste o aquél, es lo que importa, y estimo que ese tono es francamente bueno. De alguna manera, podría decirse que el espectáculo, siendo totalmente profesional —en el sentido de no estar hecho por aficionados—, asume muchas de las mejores características de los grupos independientes. La cita de «Castañuela 70», pese a las distancias

que existen entre uno y otro espectáculo en el plano formal —más riguroso y preciso «Tiempo de 98»; más abierto y agresivo el espectáculo de Tabano—, no es nada extemporánea. Estamos ante espectáculos que, cada cual a su aire —y aquí podría citarse, en otro orden de cosas, el «Sabor a miel», de Narros—, están reflejando una propuesta de teatro español mucho más fresca, más joven y menos enojada que la que tipifican nuestras representaciones tradicionales.

La dirección es de José Manuel Garrido, que lleva varios años en el teatro universitario y ha sido ayudante de José Luis Alonso en «El círculo de tiza caucásico» y en «Romance de lobos». El escenógrafo es otro recién llegado, Gerardo Vera, vinculado al grupo Tabano y autor de la escenografía en los escasos estrenos de Luis Matilla. Creo que ha resuelto muy bien la necesidad de espacios dentro de un entorno que fuese expresivo. Los nombres de los actores, que quiero citar sin discriminación alguna, son: Terele Pávez, Juan Jesús Valverde, Fidel Almansa, José Hervás, Yolanda Farr, Esperanza Alonso, Gloria Brull, José Enrique Camacho, Antonio Carencia, Vicente Cuesta, Betty Dávila, Juan Antonio Díaz, Modesto Fernández, Ruth Guerrero y Francisco Guijar.

UN TEATRO PARA ADULTOS

Se podrá estar o no de acuerdo con «Tiempo de 98». Con su planteamiento ideológico o con su planteamiento formal. En una cosa sí me parece que hemos de estar todos de acuerdo: en que se trata de un espectáculo para adultos, es decir, un espectáculo que reconoce en el espectador un ser pensante, a quien le importan los problemas de su país. Yo no sé hasta qué punto se considera peligroso el ejercicio de la inteligencia; lo que sí sé es que sin ella el teatro se vuelve rutinario y estéril, dejando de ser cultura y medio artístico de comunicación —y el desacuerdo es un elemento civilizado de la comunicación— para reducirse a costumbre. «Tiempo de 98» es, en este aspecto, una obra ejemplarmente limpia de «argucia» teatral. El autor, el director y los actores utilizan los elementos cómicos cuando hace falta a su discurso, sin que cuente ese miedo a la «impaciencia» del espectador que trivializa tantos espectáculos. No hay alusiones veladas ni fáciles demagogias. Las cartas están todas sobre la mesa. Incluso la honradez conduce en algún caso a cierta ingenuidad, más formal que sustancial.

En última instancia, «Tiempo de 98» pretende abrir un juicio —la clave está en los versos de Antonio Machado sobre la mañana engendrado por el «vano ayer»— sobre la historia española de este siglo, y, por tanto, sobre el presente. No hay ninguna presión sobre el espectador. La interrogación de la Generación del 98 se formula para que cada espectador la conteste. En todo caso, la «toma de partido» del dramaturgo estaría en una visión de España cargada de afinidades con la de los ilustres autores convocados. A los textos reunidos

por Juan Antonio Castro —¿cómo iba a faltar el vituperado Echegaray, cuyo Nobel fuera piedra de escándalo?—, agregan director y escenógrafo una plasticidad que nunca se alude en escenas como la del garrote, los tintes sombríos, la pintura negra, que tantas veces ha hecho su mueca en la historia y el arte de España.

JOVENES AUTORES

Yo creo que a los cuarenta y tres años ya no se es un joven autor. Es edad para tener escritas muchas y buenas obras y haber luchado desde antiguo. Bond y Hampton, por ejemplo, los dos autores jóvenes ingleses, totalmente profesionalizados, más importantes del momento, no han llegado aún a los veinticinco años. Pero, entre nosotros ya se sabe que las cosas siguen otro ritmo y llamamos jóvenes a los autores de cuarenta y tres años. Incluso hay crítico que, muy paternalmente, quizá en un rasgo de amor suicida a los dramaturgos jóvenes, se ha permitido decir que «Tiempo de 98» hace esperar buenas obras de su autor. Así sea. Yo creo, en cambio, que a Castro, como a tantos escritores españoles que están en su situación, hay que juzgarlos ya como fenómenos teatrales cuajados, y que si entre sus propuestas y las características generales del teatro dominante existen diferencias notables, éstas deben ser examinadas como un hecho ya irreversible y no como una enfermedad que habrá de curarse con el tiempo.

«Tiempo de 98», con sus características particulares, con la limitación que existe siempre en todo «collage», como texto y como espectáculo, está en la línea de los planteamientos que se intentan hacer en el teatro español desde hace años por un sector «joven» —cada vez menos— de su sociedad. En un plano sociocultural, no sería difícil establecer líneas de contacto entre la obra y muchas de las que escribieron hace años los autores llamados «realistas», aunque pudiera ser distinta la forma escénica. En definitiva, eran autores que se definían por un concepto sobre la función del teatro y sus responsabilidades éticas que también existe en Juan Antonio Castro, ligado además con ellos, como antes apuntábamos, por una serie de afinidades en la formación literaria. Antonio Buero fue el «padre» de esta generación, y sabidos son los elementos noventa-yochistas que existen en su obra.

La obra, en fin, al margen de cualquier otra consideración, se sitúa en ese «otro» teatro español esporádicamente estrenado a lo largo de los últimos años. Sería una pena que por haber renunciado a todo sensacionalismo no encontrara el mismo apoyo que merecieron algunos intentos análogos. «Tiempo de 98», para aceptarla en su integridad o para discutir algunos de sus aspectos, es una de esas obras que es necesario sostener si queremos que la vida del teatro español de nuestros días tenga algún sentido. ■ JOSE MONLEON.



EL 124-D

que SEAT ha lanzado al mercado, y del que fabrica 500 unidades diarias, reúne una serie de características que tal vez puedan resumirse en la palabra «universalidad». El coche, en efecto, cubre una gama muy extensa de necesidades, dentro de una asequibilidad de precio (113.000 pesetas), gracias a sus tres versiones: Berlina, cinco puertas y Lujo. Potencia, aspecto exterior, confort interior con asientos anatómicos, solidez, funcionalidad, son, con el precio —logrado a base del aumento en la capacidad de producción—, las principales ventajas que pueden convertir al SEAT 124-D en el coche del español medio.



PREMIOS A BOBADILLA EN YALTA (CRIMEA)

Tres medallas de oro, dos de plata y los diplomas correspondientes acaba de obtener la bodega de los señores Fernández Bobadilla, de Jerez de la Frontera, en el Certamen de Yalta (Crimea).

Los expertos rusos también han dicho sí a nuestros famosos caldos andaluces. Y, quizá por primera vez, las famosas botas jerezanas aparecen escritas en caracteres cirílicos, como la que firma el señor Yuri Isaev, representante en España de la Naviera Soviética Bakumar.

Desde ahora, los importantes y extensos mercados de la Unión Soviética tienen abiertas sus puertas para nuevos productos españoles: los brandys y vinos que ya habían hecho famoso en el resto del mundo el nombre de Jerez.